



www.loqueleo.santillana.com

Título original: ÉRASE UNA VEZ...

© De la selección: 2017, Andrés Blanco Díaz

© De esta edición:

2019, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 10204 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

ISBN: 978-9945-19-813-3

Registro industrial: 58-347

Impreso por: Litografía e imprenta LIL, S. A.

Impreso en Costa Rica

Primera edición: marzo de 2019

Directora Editorial: Claudia Llibre

Director de Arte y Producción: Moisés Kelly Santana

Subdirectora de Arte: Lilian Salcedo Fernández

Diagramación: Ana Gómez Otaño

Edición: Luis Beiro Álvarez

Ilustraciones: Ruddy Núñez

Fotografías: Archivos de Andrés Blanco Díaz

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

Érase una vez...

Antología

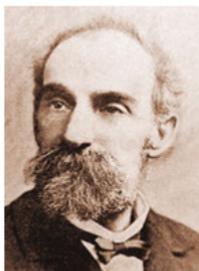
Selección de **Andrés Blanco Díaz**

Ilustraciones de **Ruddy Núñez**

loqueleg

Eugenio María de Hostos

En barco de papel



Eugenio María de Hostos

Autor

8 Nació en Mayagüez, Puerto Rico, el 11 de enero de 1839. Fueron sus padres Eugenio de Hostos Rodríguez y María Hilaria Bonilla y Cintrón.

Estudió en Puerto Rico y España. Se distinguió como sociólogo, educador, filósofo, político y escritor.

Luchó por la independencia de su patria y la formación de una Confederación de las Antillas latinas.

Fundó la Escuela Normal en 1880, orientada por los lineamientos de la enseñanza positiva.

Entre sus libros se incluyen: *La peregrinación de Bayoán*; *Ensayo crítico sobre Hamlet*; *El día de América*; *La educación científica de la mujer*; *Lecciones de Derecho Constitucional y Moral social*.

Murió en Santo Domingo el 11 de agosto de 1903 y sus restos están enterrados en el Panteón Nacional.

En barco de papel

I

Al entrar en mi casa, a descansar de la brega cotidiana, oí con negligente oído que me recomendaban la lectura de un artículo literario, «muy bien escrito», que expresamente se me había dejado sobre mi mesa de lectura. A ella acababa de sentarme, cuando la víctima menor de mis extremos paternos abrió la puerta de mi tomacafé, se me sentó en la falda, me sobornó con un beso, y me pidió un barco de papel. Tendí el brazo, tomé el primer impreso que hube a mano, le arranqué un pedazo, saqué las tijeras que para ese y otros oficios de padrazo llevo siempre en el bolsillo y recorté «lo más

bien» un cuadrito. Lo doblé primero en un doblé rectilíneo, después, en dobleces angulares; en seguida, en rebordes simétricos; luego en dirección de fondo a borde; acto continuo, en repliegues de adentro para afuera, y tomándolo gloriosamente, y mostrándolo con aire victorioso a la atentísima sobornadora: «¡Ea!», le dije, «un beso, o ¡no hay barco!» Me dio el beso, le di el barco.

II

¡Y qué barco!... Cuando lo echamos al mar en la aljofaina llena de agua, y promovíamos con los dedos un oleaje, era de ver cómo la leve embarcación cabeceaba, orzaba, se iba de bolina; y ya con el viento en popa que salía de nuestro aliento, ya con furioso mar de proa, que producíamos agitando la aljofaina, se balanceaba gallardamente o se estremecía de proa a popa, o amenazaba írsenos a pique.

III

No bastándonos nosotros mismos para ser a la vez tantas cosas, vientos de todos los cuadrantes, trepidaciones, oscilaciones, remos, vela, capitán, timonel, tripulación, fuimos al airecillo del balcón, que a ella se le ocurrió abrir de par en par, y pusimos allí nuestra goleta, con su mar y todo. Y entonces nosotros nos pusimos a distancia para ver desde lejos nuestra embarcación, realizando, así, el concierto de la realidad y la idealidad (que ¡las pobres! viven desconcertadas en el mundo...), siendo realidad el barco visto, siendo idealidad las tiernas despedidas que dirigíamos a los imaginarios tripulantes.

IV

Ya, sin saberlo, para el momento de las despedidas éramos muchos: primero que todos, el inseparable compañero de diabluras; enlazadas

detrás, en su continuo abrazo la madre dilecta y la hija predilecta; más atrás, empujando para ponerse por delante, los dos más endiablados botafuegos que el sol de las Antillas ha ingerido en corazones y cabezas de muchacho. Falta solo uno: es uno que ya está camino del porvenir, que es un camino muy áspero, muy cuesta arriba, muy sin horizonte, muy sin luz, sobre todo en la América del Sur. Y suspiramos.

V

Y allá iba la nave por el mar de la aljofaina, al embate de los vientos del balcón, desapareciendo ya sin duda en alta mar, porque apenas veíamos un punto. Un punto fijo que se mira es un imán que se pone a la atención, al sentimiento y al deseo. De tal modo pendíamos del punto, que estábamos efectivamente presenciando el alejamiento de la nave.

—Y ¿para dónde irá?... —hubo una voz.

—Y ¿cómo se llamará? —hubo otra voz.

